

Adicciones: psicoanálisis y ética¹

Guillermina Garmendia de Camusso

Agradezco a Amalia Zirlinger haberme ofrecido la oportunidad de compartir, desde la filosofía, con colegas de otras áreas la presentación de Adicciones. Creemos que su invitación buscaba un cruce entre diversas lecturas de una misma temática, a fin de generar un diálogo interdisciplinario que, desde luego, no pretende homologar las respuestas en el orden del conocimiento, sino buscar acuerdos parciales que nos permitan continuar pensando: “Pensar sin urgencias” como titula Marta Vassallo su comentario al libro de Pièrre Bourdieu, *Sobre la TV*. No olvidando la metáfora –creo husserliana– del tiempo, que requiere una gota de agua para horadar la piedra. La revista que hoy presentamos es una buena oportunidad para pensar juntos contra toda lógica comercial y mediática.

Por haber apuntado, tanto al daño que produce la adicción en quien la padece, como a la respuesta que ofrece el psicoanálisis desde la clínica, al requerimiento de ayuda por parte del paciente, consideramos que es justo destacar el mérito de la Comisión de Biblioteca y Publicaciones de APdeBA, por haber decidido dedicar un número de su revista exclusivamente al tema de las adicciones.

El mayor logro de los trabajos compilados es haber develado en las conductas adictas una de las mayores aberraciones que marcan este fin del milenio, signado por el sentimiento de que la

¹ Esta es la contribución que la Dra. Guillermina Garmendia de Camusso expusiera en la presentación del Número Adicciones, de nuestra revista, realizada en la XVIII Feria del Libro, el día 18 de abril de 1997.

vida no tiene sentido, de que es una tarea inútil. Justamente la pérdida de la función “correctora de la realidad” produce la perversión de la libertad que reducida a ser mero arbitrio se vuelca –como escribe B. Brusset (pág. 204)– “a los puros placeres sensoriales aunque éstos sean autodestructivos”.

Lo que ha dado en llamarse post-modernidad ha proclamado la liberación del cuerpo. Sin embargo, en los trabajos analizados, especialmente los casos de anorexia (Brusset, pág. 197) y en el “Comportamiento sexual adictivo” (W. A. Myers, pág. 187 y sig.), el cuerpo se alza como un factor de dominio sobre el sujeto, incluso mayor a la coerción que el alma, el espíritu o la razón ejercieron sobre el cuerpo en el decurso del pensamiento occidental. Se nos habla de una paranoia del sujeto respecto del cuerpo: “cuerpo amenazante”; sumisión al requerimiento permanente del sexo, etc.

Estamos lejos de la demanda de Kierkegaard “si me hubieran dado un cuerpo”, o de la estética del cuerpo que –según Valéry– realiza el secreto de toda poesía o del bailarín que abre el espacio en renovados ritmos y figuras y, sobre todo, de la función primordial que Spinoza, Nietzsche, Freud y Merleau Ponty asignaron al cuerpo. Este último conceptualiza una apertura al mundo y una forma de comunicación a través del cuerpo consigo y con los demás. El cuerpo es como Jano, que por su doble pertenencia al orden del “objeto” y al orden del “sujeto” invierte la relación cuerpo-alma tal como la había planteado la filosofía clásica; y piensa al cuerpo como el eje en que se estructura el binomio carne-espíritu, en una relación de “reversibiliad” no dialéctica: no hay síntesis. “El cuerpo es el nudo que liga lo sintiente y lo sentido, el quiasmo de la sensibilidad: son dos aspectos de la reversibilidad que es verdad última” (*Le visible et l'invisible*. “L'entrelacs - le chiasme” Galimart, 1964, pág. 172 a 204).

1. EL PSICOANALISIS

Aún cuando se reconozcan distintos tipos de pacientes adictos (David Rosenfeld, pág. 347), vamos a señalar algunos rasgos comunes que nos permitan configurar al adicto como “una cosa humana” (la expresión corresponde a Sartre y es usada en la *Crítica de la Razón dialéctica*: Sartre es como un monolito, nos

alejamos pero siempre volvemos a él).

Según J. L. Maldonado las patologías adictivas sólo pueden comprenderse a partir de “la experiencia intersubjetiva, dado que es en ésta que se instaura el fenómeno de la cosificación”. La escisión en la representación del objeto aísla y cosifica una parte del mismo, en un proceso similar al fetichismo, con lo cual el adicto sacrifica el aspecto de relación amorosa esencial al objeto original tomado en su totalidad (pág. 264). En otros términos, podemos caracterizar el comportamiento del adicto como “extrañeza frente al mundo de la vida”, para usar un concepto de Hegel. Se produce la pérdida del principio de realidad con la dimensión temporal e histórica: automatización del comportamiento y el uso de una forma de libertad negativa –negación de la realidad– como acceso al goce sensorial (Brusset, pág. 205). Esta carencia de atributos es correlativa a una construcción omnipotente sin alternativas conocidas, conciente o inconcientemente; se sobrevive renunciando a la imaginación, a los afectos, etc. (Dupetit, pág. 229). El tiempo replegándose sobre sí, en una suerte de cautiverio, termina por anular toda posibilidad creadora.

Esta pobreza de atributos –que en algunos aspectos nos recuerdan al *Hombre sin atributos*, de Musil– se acompaña de un proceso antimetafórico, con incapacidad para simbolizar, generándose una dependencia cada vez mayor de la droga, en cualquiera de sus formas. Maldonado señala la relación entre adicción y narcisismo con el consiguiente rechazo del Otro. Se produce –dice– la fusión del ser con los objetos, sin posibilidad de reconocimiento de la separación.

No es nuestro objetivo poner las miras en el aspecto psicoanalítico del rechazo al Otro; pero sí señalar que el rechazo al Otro conduce a posiciones solipsistas de individuos o de grupos (la familia cerrada, conceptualizada por Bergson, o la unidad social basada en la comunidad de sangre), que llevadas a un extremo terminan construyendo “el contra hombre” –el concepto es sartreano–. En el caso del adicto, éste se percibiría como radicalmente otro; es decir, portador de una amenaza de muerte: es la situación que describe Dupetit en una relación terapeuta-paciente adicto, en su trabajo “La mirada del tigre”.

Este retrato del adicto que caracterizamos como “cosa humana” no presupone la destrucción completa de su condición huma-

na. Esta idea me remite a la polémica de los teólogos del Siglo XVII sobre el pecado original. Mientras que para los jansenistas el pecado original corrompía totalmente la naturaleza humana y por lo tanto no había salvación posible sin ayuda de la gracia divina, Malebranche —entre otros— sostenía que el pecado no sacrifica totalmente la libertad del hombre, que puede cooperar así con la ayuda que Dios le brinda. Con esta referencia no es nuestra intención establecer un símil Dios-psicoanalista; paciente-pecador. No hay que presuponer en el adicto la anulación de toda posibilidad propia, haciéndolo juguete de un doble determinismo: de la droga o del “supuesto saber” del terapeuta.

La ingestión de drogas satisface una carencia que, parafraseando a Hegel, se revela en la forma de hambre: es decir, que se vincula a una necesidad alimentaria. Pensando en la escisión de la representación, Maldonado escribe (pág. 262): la escisión separa y aísla los aspectos nutricios y concretos del objeto ligado a la necesidad. Reparemos en la posición de Nasio y en el lugar que asigna a la necesidad: “Como si el drogadicto necesitara vivir ese estado de dolor, de espera y de ilusión de ese momento pre acto. La ingestión de la droga releva del placer, el estado pre droga releva del goce, y esa sería la formación del goce; el estado de tensión previo que llama a la ingestión imperiosa de la droga” (pág. 323). No estoy en condiciones de vincular esta caracterización del goce con la teoría lacaniana sobre el tema; pero sí, nos preguntamos, si hay sólo una necesidad implícita en el pre acto o si podemos suponer algo más que una necesidad. Lacan (*Seminario VII, La Ética del psicoanálisis*, Ed. Paidós, 1988, pág. 253) señala la paradoja del goce: “El goce se presenta envuelto en caracteres de oscuridad, inaccesibilidad, donde el acceso a él por parte del sujeto es más difícil, casi inaccesible en la medida que el goce no se presenta puro o simplemente como la satisfacción de una necesidad, sino como la satisfacción de una pulsión”.

La pulsión, según Lacan, no entraña una energética articulada como entropía sino que es una dimensión histórica: se relaciona con algo memorable que a su vez ha sido memorizado. La historización es coextensiva a la pulsión en lo psíquico humano, donde también se destaca la experiencia de la destrucción. Es la destrucción donde se articula la pulsión de muerte, o sea en el dominio de la historicidad del hombre; (se explica el interés de Lacan por Heidegger); en otros términos, en la función del

significante.

Al estar la pulsión de muerte conectada con la destrucción, está más allá del retorno a lo inanimado². Lacan sustenta un más allá; es el *ex Nihilo* en que se funda y articula el significante. Se pasa de este modo del orden de la naturaleza al orden del sujeto. Lo que nos interesa destacar es que para Lacan el punto de vista del *ex Nihilo*, es la condición *sine qua non* de toda creación humana.

En la adicción en cambio, la destrucción asume la forma de *la nada en sí*, que se traduce en un modo de estar rígido, fijo, donde los vínculos se congelan, “imagen desolada de la muerte”; completamente exterior a la dialéctica vida-muerte. Elsa Garzoli describe esta situación en los siguientes términos: “El paciente adicto necesita e intenta cosificarse para el analista. Intenta drogarlo con sus producciones –cosas para lograr el estatismo en una relación en que paciente y terapeuta serían los dos uno; sin la zozobra que una presencia-ausencia pudiera despertar” (pág. 244).

2. LA ÉTICA

Corresponde preguntarse: ¿qué significa la reducción en el orden intersubjetivo de ser Dos a ser Uno? El deseo sobrepasa la satisfacción completa, la totalidad que implica lo Uno. Levinás, siguiendo a Spinoza, escribe: “El deseo es un pensamiento que piensa más de lo que piensa” (*Ética e Infinito*, Ed. Visor, 1991, pág. 87). El carácter infinito del deseo produce el hecho paradójico de que un ser separado en su singularidad, contenga lo que no puede recibir de su propia identidad. En este punto se plantea la relación con el Otro; el ser Dos y el deseo del reconocimiento sobre la base de la alteridad. En contraste, la relación adicción-narcisismo (señalada por Maldonado), conlleva el equívoco de buscarse como “sí mismo” en la identificación con la droga. Este proceso, a su vez se traslada a la relación con el Otro. Los diversos aspectos de lo social se presentan como algo autónomo, algo que padece y frente a lo cual no encuentra otro recurso para

² Deleuze señala el carácter trascendental de la muerte como primera intención en el descubrimiento freudiano: *Repetición y Diferencia*, Anagrama, 1981, pág. 82.

evitar el sufrimiento que le ocasiona, que suprimirlo en la inmediatez del goce: “Conciencia durmiente que permanece atrás, no se sabe adónde”, escribe Hegel.

A los seres humanos no les basta con el deseo único de perseverar en su ser, sino que tienen el deseo imperioso de hacerse reconocer por encima de la vida animal y esa pasión exige a su vez el reconocimiento de otra autoconciencia, nos dice Hegel.

Pero, desde el tema que abordamos se nos impone una pregunta: ¿qué ocurrió en la infancia cuando aún no se sabe qué es lo bueno y qué es lo malo, para recaer en la adicción? Creemos que la respuesta a este interrogante le cabe a la teoría psicoanalítica. En el caso del “hombre inocente” la religión y la teología han dirimido durante siglos el orden del pecado de Adán.

Desde la perspectiva de los trabajos que comentamos, se reactualiza la pregunta que hoy acucia a la conciencia contemporánea: ¿qué es el mal? Nos remitimos a la filosofía de Spinoza, cuya vigencia actual nos parece relevante.

Spinoza critica a fondo la ética fundamentada en la idea de un Dios trascendente –plenitud de Ser y Supremo Bien– y propone una ética de la vida humana en el plano de una filosofía de la immanencia. Dios es *Natura-Naturans* en un infinito devenir en el que podemos participar de forma activa. A la oposición absoluta entre Bien y Mal, opone una diferencia cualitativa entre modos de existencia buenos o malos, según permita o no que el ser humano ascienda desde la potencia del ser a la verdad liberadora.

En nuestro análisis no nos referimos al mal desde el punto de vista de quien lo padece sino de quien lo produce. Spinoza sostiene que el que mata no tiene más que una culpa: no hacer tal o cual gesto, no golpear o hundir un cuchillo; sino tomar por objeto de su gesto... a un ser cuya relación propia es destruida por este gesto. La intención mala consiste en que la idea de una acción, se encuentra ligada a la idea de un objeto que no soporta esta acción sin que su forma de relación se descomponga y cuyas partes entren, a su vez, en relaciones inconciliables con la suya (*Ética IV*, 59, Sc).

El mal es el resultado de malos encuentros, de malas relaciones y composiciones de seres incapaces de conocer y salir de la esclavitud. En el mal no hay más que malos encuentros, nada que

expresen una esencia. La concepción de Spinoza es la antítesis de lo que hoy podemos considerar la Ética como ideología –el sustituto actual de la decadencia de la política. Las propuestas éticas proliferan en todos los campos de la actividad mundana: se organizan comités de ética y elaboran códigos de ética para “recomponer” el juego de relaciones “descompuestas” en todos los ámbitos de la sociedad. Sin embargo, se prescinde de pensar cuál debería ser la tarea fundamental para dar lugar a una ética que subordine su máxima a la constitución y al ejercicio de una forma de verdad liberadora.

El spinozismo es la negación de toda apologética del hombre: no es una filosofía de la conciencia, sino de la toma de conciencia, constante y progresiva. La tarea principal de la razón era realizar el deseo más profundo del hombre y por una especie de inversión –que luego retomará Nietzsche– conducir al hombre de la esclavitud a la libertad.

Al igual que el espacio público que se vacía por exceso de informaciones, de reclamos, etc., el yo pierde sus referencias convirtiéndose en un conjunto impreciso. Es a esta condición del yo, a lo que apunta la nueva ética hedonista y permisiva. En la adicción se pone de manifiesto el individuo hedonista que olvida su compromiso consigo mismo y con la sociedad y que ignora la frontera que separa la vida de la muerte, negando su condición de ser irremplazable en sus potencialidades creadoras, que existe sólo ahora, no reparando que el vacío que deja su existencia no es sustituible (Feuerbach, *Pensamientos sobre la muerte y la Inmortalidad*, Alianza 1993, pág. 151).

Para concluir haremos una breve reflexión acerca de la pérdida de autonomía del adicto desde la perspectiva de la ética kantiana.

En la relación consigo mismo y con los demás lo más grave de los casos de adicciones es la pérdida del *principio de humanidad*, fundamento de la autonomía de la libertad propia y del respeto a la libertad del otro: todo ser humano debe considerarse a sí mismo y a los demás “siempre como fin y nunca como medio”. Este principio universal que Kant anunciara prescindiendo de toda consideración empírica, pierde todo su sentido axiológico y deja de ser un deber irrenunciable en el comportamiento del adicto. Este no sólo usa a los otros sino que él mismo se convierte en un medio para vehiculizar sus propios deseos sin evaluar las conse-

GUILLERMINA G. DE CAMUSSO

cuencias, lo que implica una falta de responsabilidad personal y social.

En la indagación de las motivaciones que conducen a los adictos a la pérdida de la autonomía y de la responsabilidad como seres libres, el aporte del psicoanálisis es insoslayable. Por otra parte contribuye en gran medida a la recuperación del adicto y, en consecuencia, le posibilita su reinserción en la sociedad.

Descriptores: Adicciones. Etica. Filosofía.

Guillermina Garmendia de Camusso
Espronceda 950
Castelar
1712 Pcia. de Buenos Aires
Argentina